

suplicio. Aquel mendigo cubierto de llagas, á quien en otro tiempo no se habia dignado de mirar, está en el seno de la paz y del refrigerio, al mismo tiempo que él se está consumiendo en las llamas. ¡Oh qué paralelo este! ¡Qué deseos de haberse parecido á él! ¡qué rabia interior por no serle semejante! Ve al mismo tiempo la grandeza de los bienes que ha perdido y los irreparables males que se ha preparado. Mira aquella paz, aquella serenidad, aquellas delicias siempre nuevas de que goza Lázaro; vuelve á mirarse á sí mismo con desesperacion, y sus desgracias se le presentan todas juntas. Mas le atormenta la imágen que tiene siempre presente de la felicidad de que está privado, que el horror de las penas que padece. El cielo, dice San Juan Crisóstomo, le abrasa mas que el infierno.

Sí, católicos, de este modo manifestará Dios el seno de su gloria por toda la eternidad; de este modo abrirá los cielos en presencia de la multitud de réprobos que su venganza ha precipitado en el abismo, y allí manifestará á cada condenado el objeto mas propio para mantener su furor y aumentar sus penas.

Acaso vosotros, católicos, que me estais oyendo, levantaréis los ojos desde lo profundo de aquel abismo, como el réprobo de nuestro Evangelio, y por toda la eternidad estareis viendo en el seno de Abraham aquel padre sábio y piadoso, cuya piedad y fe os habian siempre parecido una simplicidad de entendimiento y una flaqueza de la edad; os acordareis de las últimas instrucciones con que procuró corregir vuestras perversas inclinaciones cuando ya estaba para morir; os acordareis de las señales de amor que os dió, de las súplicas que os hacia en aquella última hora para que viviéseis bien; de aquel último instante en que parecia avivarse en vuestro favor su religion y amor; y vuestras di-

soluciones, los bienes que habeis disipado, la ruina de vuestros negocios y vuestra presente desgracia, se os presentarán con sus paternas reprensiones y con los ejemplos de piedad que os habia dado.

Vosotras, que en un estado de viudez y desconsuelo, vivís entre las delicias y estais muertas en la presencia de Dios, tambien levantareis los ojos, y desde lo profundo de aquellas llamas vereis eternamente en la morada de la gloria aquel esposo con quien en otro tiempo no formábais mas que un corazon y una alma, sobre cuyas cenizas derramásteis tantas lágrimas, y que movido de vuestra fidelidad os hizo depositarias de sus bienes y de sus hijos, como de su amor, y este objeto, tan querido en otro tiempo, os echará continuamente en cara las infidelidades que despues habeis hecho á su memoria, la vergüenza de vuestro modo de vida, los bienes que os habia dejado para consuelo de vuestra afliccion, empleados en deshonorarle; y sus hijos, las preciosas prendas de su memoria y de su amor, abandonados y sacrificados á otros amores injustos.

Sí, católicos, estos hijos de ira verán desde en medio de las llamas en el seno de Abraham, por toda la eternidad, que sus hermanos, sus amigos y sus parientes con quienes habian vivido, gozan de la gloria de los santos; verán que son felices, porque poseen al mismo Dios á quien habian servido; solamente este espectáculo será para ellos motivo de mayor desesperacion que todas sus penas: conocerán que habian nacido para gozar de la misma felicidad; que su corazon habia sido criado para poseer al mismo Dios: la presencia de aquel bien que no es propio ó que nunca se ha amado, no mueve nunca á los infelices que están privados de él; pero aquí el corazon de estos desgraciados será llevado hácia el Dios para quien solamente fué criado, con

un movimiento mas rápido que el que imprime una robusta mano en la saeta que arroja del arco, y al mismo tiempo otra mano invisible le apartará del mismo Señor. Continuamente se sentirán despedazar por los violentos esfuerzos que hará su alma para reunirse á su Criador, á su fin, y al centro de todos sus deseos, y por las cadenas de la divina justicia que les apartaran de él y con las que estarán atados á las eternas llamas.

Aun el mismo Dios de la gloria, para aumentar su desesperacion, se les manifestará mas grande y magnífico, si es posible, de lo que se manifiesta á sus escogidos. Hará patente á su vista toda su majestad para despertar en su corazon los mas vivos movimientos de un amor inseparable de su ser, y su clemencia, su bondad y su liberalidad los atormentará mas cruelmente que su indignacion y su justicia. Nosotros no conocemos en la tierra, católicos, la fuerza del amor natural que nuestra alma tiene á su Dios, porque los falsos bienes de que estamos rodeados y que tenemos por verdaderos, ó la ocupan ó la dividen; pero separada el alma del cuerpo, se desvanecerán todas estas fantasmas que la engañaban, perecerán todas las aficiones extrañas, ya no podrá amar sino á su Dios, porque no conocerá cosa alguna digna de ser amada sino su Majestad; todas sus inclinaciones, todas sus luces, todos sus deseos, todos sus movimientos y todo su ser se reunirán en este solo amor; todo la arrebatará, todo la precipitará, si es lícito decirlo así, hácia el seno de su Dios, y el peso de su iniquidad la hará continuamente volver á caer sobre sí misma; eternamente se verá forzada á querer subir al cielo, y eternamente será rechazada hácia el abismo, y será mas infeliz por no poder dejar de amar, que por experimentar

en sí los terribles efectos de la justicia y de la venganza de lo que ama.

¡Oh qué suerte tan terrible! el seno de la gloria estará siempre abierta á estos infelices, continuamente se dirán á sí mismos: Aquel es el reino que nos estaba preparado, aquella la suerte que nos esperaba, aquellas las promesas que se nos hicieron, aquel el Señor solamente digno de ser amado, solamente poderoso, solamente misericordioso, solamente inmortal, para quien fuimos criados; á todas estas felicidades hemos renunciado por un sueño, por unos placeres que no han durado mas que un instante. ¡Ah! aun cuando no padeciéramos mas en esta morada de horror y de desesperacion, ¿podiera ser bastantemente llorada esta pérdida? Esta es la primera circunstancia que nos refiere Jesucristo del rico reprobado; es infeliz por tener siempre presente la imágen de la felicidad que ha perdido.

Pero tambien es infeliz por acordarse de los bienes que recibió en su vida. Segunda circunstancia de su suplicio. Hijo mio, le dice Abraham, acuérdate de los bienes que recibiste durante tu vida: *Fili, recordare quia recepiste bona in vita tua.* ¡Y qué multitud de pensamientos infaustos no despertaría Abraham en su alma con esta memoria! El desprecio que hizo del privilegio de descender de un pueblo santo y de una raiz bendita, el haber inutilizado para sí las promesas hechas á la posteridad de Abraham, el ser infructuosos para su salvacion el templo, el altar, los sacrificios, la ley, las instrucciones de los profetas y los ejemplos de los justos de la Sinagoga; el ver que empleó en regalar á un cuerpo destinado á arder eternamente, los bienes temporales de que se hubiera podido servir para comprar una corona inmortal: *Recordare, quia recepisti bona in vita tua.* Y así el alma reprobada oirá continuamente por

toda la eternidad, en medio de sus tormentos, aquella amarga voz: *Acuérdate de los bienes que recibiste durante tu vida*; acuérdate de aquellos días que pasaste en la abundancia, de aquella multitud de esclavos que solo atendían á adivinarte tus deseos, de las públicas distinciones que tanto te lisonjearon, de aquellos sobresalientes talentos que te granjearon el aplauso y admiración de los pueblos: *Recordare, acuérdate*. ¡Qué suplicio será para aquella alma el paralelo de lo que fué con lo que entomces será! Cuanto mas agradable sea la imágen de su pasada felicidad, mas molesta será entonces la amargura de su condicion; porque es propio de la adversidad aumentarnos y traernos continuamente á la memoria los placeres de nuestro antiguo estado y las desgracias inseparables de nuestra condicion presente.

Aun mas: entonces se la harán presentes todos los bienes de la gracia de que abusó: *Recordare quia recepisti bona*. Acuérdate de que eras hijo de los santos, de que naciste en medio de un pueblo fiel, recibiste todos los socorros de una educacion cristiana, te doté de una alma buena, de un corazon defendido con mil inclinaciones buenas; casi todos los instantes de tu vida fueron señalados ó por alguna secreta inspiracion, ó por algun público suceso que te llamaba á los caminos de la salvacion. Te hice nacer en unas circunstancias tan favorables para la piedad, te cerqué de tantos obstáculos contra tus pasiones y de tantas facilidades para la virtud, que mas te ha costado el perder de lo que te hubiera costado el salvarte: *Recordare: acuérdate*: acuérdate tambien de todas las gracias de que has abusado con tanta ingratitud, y de lo fácil que te hubiera sido el evitar la desgracia en que has venido á caer.

Entonces el alma reprobada, repasando todas las facili-

dades para la salvacion que Dios la habia proporcionado, se enfurece contra sí misma; cuanto mas conoce su ceguedad, mas la exaspera y consume su desgracia, mas crece y se aumenta su furor, y la ocupacion menos molesta en su desesperacion es aborrecerse eternamente á sí misma. ¡Oh Dios! ¡qué justo sois en el modo de castigar al pecador, pues le haceis á él mismo el mas terrible instrumento de su suplicio! Segunda circunstancia de los tormentos del réprobo de nuestro Evangelio; es infeliz por acordarse de lo pasado.

Tambien es desgraciado por las penas que al presente experimenta: *Crucior in hac flamma*. Padezco crueles tormentos en este fuego. Tercera circunstancia de su suplicio, la proporcion de sus tormentos con sus culpas. Unas llamas eternas abrasan su deshonesta lengua; una sed ardiente le consume; pide una gota de agua, no para apagar, sino para mitigar aquel fuego vengador en que se abrasa, y no se le concede: en lugar de la púrpura y finísimo lino con que en otro tiempo cubria su cuerpo, está hoy rodeado de un vestido de fuego; en una palabra, hoy son sus tormentos á proporcion de lo que fueron sus placeres. Nosotros, católicos, no sabemos lo que padece, ni yo tampoco pretendo explicároslo ni desfigurar con pinturas vulgares una imágen tan terrible; pero sabemos que ha mas de dos mil años que está gritando en medio de las llamas: Padezco extremos tormentos en estas llamas: *Crucior in hac flamma*. Sabemos que padece lo que nunca vieron los ojos ni oyeron los oidos, y lo que el entendimiento del hombre no puede conocer; sabemos que están pegadas á su cuerpo unas eternas llamas, encendidas por la divina justicia, y que padece todo cuanto Dios puede hacer padecer á un culpado, á quien tiene empeño en castigar; sabemos que en la morada del

horror y de la desesperacion se conservará la víctima con un fuego eterno; que se consumirá continuamente, y continuamente renacerá de sus cenizas. Sabemos que un secreto y cruel gusano, colocado por la mano de Dios en medio de su corazon, le estará despedazando por todos los siglos. Sabemos que sus lágrimas nunca apagarán las llamas que le han de consumir, y que no pudiendo él mismo consumirse, la rabia suplirá á este fatal deseo. Sabemos que cansado de blasfemar en vano contra el Autor de su ser, será su lengua pasto de su propio furor, y que su cuerpo, humeando como un negro tizon, será, dice el profeta, juguete de los espíritus inmundos, á los que habia servido de asilo en la tierra. Finalmente, sabemos que en el ardor de su pena maldecirá eternamente el dia en que nació y el vientre en que estuvo; que llamará á la muerte y que ésta no parecerá; que el mas suave consuelo de sus penas será el deseo de una eterna aniquilacion; lo sabemos, y estas son las expresiones con que se explican los libros santos.

Continuamente nos estáis diciendo, católicos, en un tono deplorable de confianza, decia en otro tiempo San Juan Crisóstomo<sup>1</sup> á los grandes de Constantinopla, para calmar en vosotros el miedo de lo por venir, que quisierais que viniera alguno del otro mundo á deciros lo que allá pasa. Pues bien, continuaba aquel elocuente obispo; satisfaced hoy vuestra curiosidad; oid á este infeliz, á quien llama Jesucristo, que os cuenta la terrible relacion de sus desgracias y de su suerte. Este es un predicador que os envia el mismo infierno. Cuando nosotros os hablamos de los tormentos de la otra vida, es necesario suavizar nuestras expresiones por no ofender vuestra falsa delicadeza. Una verdad que asustó á los

<sup>1</sup> Confer. 3.

Césares, convirtió á los tiranos y mudó el universo, hoy casi solamente está destinada á mover las almas sencillas y vulgares: estas imágenes puestas en nuestra boca se oyen con desprecio y se dejan para el pueblo; pero hoy debéis creer á un infeliz que no os cuenta mas que su propia desgracia; que mas os habla con sus gritos y con su desesperacion, que con sus palabras. Estais oyendo con tanta atencion á los que volviendo de las mas remotas islas os refieren los usos y costumbres de unos países á donde nunca habeis de ir; ¿pues por qué no habeis de escuchar con mas atencion á un desgraciado que os viene á decir lo que pasa en un lugar de donde nadie sino él ha vuelto, y que acaso será vuestra eterna morada?

Pero sus tormentos son mucho mas terribles porque conoce que nunca se han de acabar. Cuarta circunstancia de su suplicio. *Además, le responde Abraham, hay un grande abismo entre vosotros y nosotros, de modo que los que están aquí, aunque quisieran pasar á donde tú estás, no podrian, como tampoco pueden venir acá los que están en ese lugar.*

Y así, el alma reprobada extiende su vista por toda la eternidad sin poder ver en ella el término de sus desgracias; las penas que se han de acabar siempre admiten algun consuelo, y la esperanza sirve de alivio á los desgraciados; pero aquí el mas terrible de sus tormentos es el pensar en lo futuro; cuanto mas se adelanta en los infinitos espacios de la eternidad, mas camino la falta que andar; solamente la eternidad es la medida de sus penas. Quisiera poder á lo menos apartar de sí la memoria de esta terrible eternidad; pero la justicia de Dios la presenta continuamente esta funesta imagen, la obliga á que la mire, á que la examine, á que piense en ella y á que la sirva del mas cruel de todos sus suplicios; cada instante es para ella un